

MÉXICO Y LA DIPLOMACIA MULTILATERAL

JORGE ALBERTO LOZOYA

La política exterior cumple una función de catarsis en los pueblos débiles como el nuestro: tiene en su haber pocas horas de gloria y muchas, muchas, de humillación en su pasado.

Antonio Carrillo Flores

EN ESTOS TIEMPOS ATRIBULADOS, SE ha puesto de moda denigrar a las Naciones Unidas. Durante una época de sueños defraudados, se acude al recurso fácil de la crítica virulenta para expresar la desilusión de quienes creyeron que la cooperación internacional de la postguerra sería el sencillo resultado de una conciliación expedita.

El marcado sesgo negativo de la política del gobierno de Reagan hacia el máximo organismo multilateral fomenta esta hostilidad simplista. Mucho han cambiado las cosas desde 1949 cuando el presidente de Estados Unidos, Harry S. Truman, en su discurso de toma de posesión prometiera el más decidido apoyo a la naciente organización mundial, colocándola así en el centro de las aspiraciones de la política exterior norteamericana. Resulta interesante que en sus *Memorias* Jimmy Carter califique ese momento como una de las cumbres de la acción internacional de Estados Unidos. Acto seguido, el ex mandatario lamenta que en años posteriores la Casa Blanca no haya manifestado siempre igual entusiasmo por tan noble causa. "En vez de promover la libertad y los principios democráticos, nuestro gobierno parecía creer que en la lucha contra el mal, no podíamos competir efectivamente a menos que siguiéramos las mismas normas, o la ausencia de ellas, favorecidas por los bribones."¹ En 1983, en dramático contraste con los años cuarenta, el representante alterno de Estados Unidos invitó a la ONU a retirar su sede de la ciudad de Nueva York,² y la embajadora Jeane J. Kirkpatrick, jefa de la misión norteamerica-

¹ Jimmy Carter, *Keeping Faith. Memoirs of a President*, Nueva York, Bantam Books, 1982, pp. 42-143.

² El 29 de septiembre de 1983, el embajador Charles Lichenstein recomendó que las Naciones Unidas "zarparan rumbo al crepúsculo" afirmando que él y muchos norteamericanos irían gustosos a despedirlas. Resulta curiosa la coincidencia en cuanto al recurso de la metáfora mari-

na, considera a las Naciones Unidas como un "lugar peligroso" en el que los conflictos tienden a exacerbarse.³

El desencanto del gobierno estadounidense con las Naciones Unidas refleja, en última instancia, su impotencia ante la evolución histórica de un organismo que, en sus inicios, los norteamericanos consideraron sería dócil frente a sus intereses nacionales y propugnaría un ordenamiento mundial acorde con sus postulados ideológicos y políticos. En efecto, durante la primera etapa de la vida de la ONU, Estados Unidos contó con una mayoría frecuente de votos simpatizantes, formada por las democracias de Europa Occidental y los países latinoamericanos. Esa tónica se reflejó en procedimientos de la Asamblea General casi siempre ordenados de acuerdo con una agenda basada en el consenso dirigido por Estados Unidos; algo similar sucedía con la operación del Consejo de Seguridad, donde el aislamiento de la Unión Soviética muchas veces

nera entre el embajador norteamericano y un texto de este autor en el que compara a las Naciones Unidas, llamándola La Nave de los Diplomáticos, con la *Stultifera navis*, la Nave de los Locos que nadie deseaba anclara en su puerto. Jorge Alberto Lozoya, "La nave de los diplomáticos. El discurso en las Naciones Unidas", *Diálogos*, núm. 107, septiembre-octubre 1982, pp. 23-30.

No está de más señalar que la Nave no abandonó el río Hudson y que, decepcionado, Lichenstein afortunadamente renunció a su alto cargo en marzo de 1984.

³ Seymour Maxwell Finger, "The Reagan-Kirkpatrick Policies and the United Nations", *Foreign Affairs*, invierno 83-84, p. 436.

La idea de que la ONU es un lugar inhóspito para Estados Unidos, así como el concepto de que en el máximo foro internacional los conflictos se exacerban, no son originales de Kirkpatrick. En 1974 apareció un libro de Abraham Yeselson y Anthony Gaglione intitulado precisamente *A Dangerous Place. The United Nations as a Weapon in World Politics*, Nueva York, Grossman. Los autores afirman que las Naciones Unidas son "una arena de combate; [...] las discusiones, investigaciones, debates y resoluciones [...] no tienen ahora nada que ver con la paz y todo con el conflicto", p. 3. En la misma obra se dice que el cambio negativo de actitud de Estados Unidos hacia las Naciones Unidas resulta, en parte, "de su carencia de utilidad para los propósitos nacionales [norteamericanos] debida a la disminución de la intensidad de la Guerra Fría y a la explosión en la membresía del Tercer Mundo", pp. 7-8.

El mismo argumento es repetido por los escritores en su artículo "U.S. Foreign Policy and the United Nations", que aparece en Seymour Maxwell Finger and Joseph R. Herbert (eds.), *U.S. Policy in International Relations: Defining Reasonable Options in an Unreasonable World*, Boulder, Colorado, Westview Press, 1978, pp. 435-448. Extrañamente, el embajador norteamericano ante las Naciones Unidas, Daniel Patrick Moynihan, publicó en 1978, junto con Suzanne Weaver, un libro de idéntico título al de Yeselson Gaglione, *A Dangerous Place*, Nueva York, Little.

En cuanto a que en las Naciones Unidas los conflictos se exacerban y globalizan dado que un mayor número de países son inducidos a tomar partido, el concepto es manejado por otros autores de la ultraderecha como Tom Bethell. La percepción del mundo de Kirkpatrick como campo de batalla para la cruzada anticomunista puede consultarse en Jeane Kirkpatrick, *The Strategy of Deception. A Study in World-Wide Communist Tactics*, Nueva York, Farrar, Strauss, 1963. Existe versión española: *La estrategia del engaño*, México, Libreros Mexicanos Unidos, 1964. Hay que ver también sus obras *Dictatorships and Double Standards*, Washington, American Enterprise Institute, 1982 (obra que le atrajo la atención de Reagan) y *The Reagan Phenomenon and Other Speeches on Foreign Policy*, Washington, American Enterprise Institute, 1983.

El autor de uno de los artículos incluidos en *La estrategia del engaño*, Charles Burton Marshall ("Los EEUU y la URSS en la ONU") afirma que "la causa que más conmueve a los nuevos gobernantes que afloran en tropel a las Naciones Unidas es el anticolonialismo, actitud que sirve a la Unión Soviética para desfogar su desconfianza, sus quejas y sus ambiciones respecto al mundo no comunista", p. 534.

se expresó en el uso inmoderado de su derecho de veto. En su calidad de Secretario de Estado del gobierno de Carter, Cyrus R. Vance reconoció que aquellos tiempos habían terminado:

Cuando nosotros [Estados Unidos] éramos la fuerza predominante tanto en asuntos económicos como militares —cuando, como a fines de los cuarenta y principio de los cincuenta, contribuíamos con casi la mitad del presupuesto de las Naciones Unidas— no cabía duda de quién llevaba el liderazgo de las Naciones Unidas y de los organismos internacionales asociados. El mero anuncio de una nueva política de Estados Unidos atraía de inmediato el apoyo de otros países. Hoy no hay ninguna potencia que ejerza semejanza atractivo sobre las demás.⁴

En 1946, la ONU estaba constituida por 51 países. Ahora son 158, en un contexto mundial en el que proliferan las tensiones y conflictos bélicos, mientras cunde la amenaza de conflagración nuclear y se acentúa la preocupación en el Tercer Mundo por los fracasos del desarrollo. Al acercarse el cuadragésimo aniversario de las Naciones Unidas, Estados Unidos se siente segregado dentro del organismo y no ha podido, o no ha querido, generar una diplomacia multilateral que le permita recuperar al menos un mínimo del prestigio de que disfrutó en los albores de la ONU.

En su escepticismo sobre el futuro de las Naciones Unidas, el gobierno de Reagan parece reflejar un consenso de opinión pública nacional. De acuerdo con una encuesta Gallup del otoño de 1983, sólo el 36% de los norteamericanos aprobaba la labor de la ONU. La mayoría percibió a la Organización como hostil a los intereses de Estados Unidos.⁵ Ante esos datos, la prensa y la televisión proceden a reforzar las actitudes negativas de los norteamericanos, cuestionando de modo recurrente la eficiencia y la validez misma de la organización mundial.⁶ Tal vez no inocentemente, esa actitud se filtra a los medios de comunicación que en otros países se encuentran bajo fuerte influencia estadounidense, México entre ellos. Se cierra así un círculo vicioso de incompreensión que produce reacciones cada vez más desafiantes del gobierno de Estados

⁴ Cyrus R. Vance, "Foreword" a S.M. Finger y J.R. Herbert, *op. cit.*, p. XV.

⁵ Richard Bernstein, "The U.N. versus the U.S.", *The New York Times Magazine*, enero 22, 1984.

⁶ En una importante conferencia patrocinada por la Stanley Foundation, de tendencia liberal, sobre el futuro de las Naciones Unidas, quedó manifiesta la actitud de desapego que la prensa occidental y las agencias noticiosas tienen hacia las Naciones Unidas. Por una parte se argumentó que el concepto prevalente de noticia (algo escandaloso o alarmante) va en detrimento de la atención prestada al trabajo de la ONU. "¿De qué quieren que hablemos, si ahí no pasa nada?". Se hizo ver también que las corporaciones de medios de comunicación, especialmente la televisión, consistentemente reducen el número de su personal acreditado ante la Organización. *The United Nations Peace and Security. Eighteenth Conference on the United Nations of the Next Decade*, Burgenstock, Suiza, junio 25-30, 1983. The Stanley Foundation, Muscatine, Iowa, 1983, p. 23. La actitud que se está convirtiendo en característicamente agresiva de la gran prensa norteamericana hacia la ONU, se ejemplifica en el visceral artículo de Richard Grenier, "¡Yanqui, Sí! ¡U.N., No!" en *Harper's*, enero 1984, pp. 24-29, que termina diciendo que no sólo Nueva York, sino incluso Moscú sería demasiado buena sede para la ONU: "Creo que debería estar en Onagadougou o, mejor aún, en la marxistaleninista Maputo, capítulo de Mozambique."

Unidos, como la amenaza de retirarse de la UNESCO a partir de 1985, a la que se sumara Gran Bretaña. Según el gobierno de Reagan, la ONU se ha convertido en un instrumento de los países antinorteamericanos del Tercer Mundo, para beneplácito y provecho de la Unión Soviética. La Fundación Heritage, a la que se afilian muchos de los ideólogos de la política exterior de este gobierno y en especial Kirkpatrick, considera a las Naciones Unidas como un "club anti-Estados Unidos", dominado por el bloque soviético, la izquierda europea y los radicales de los países en desarrollo.⁷

Por su parte, la Unión Soviética insiste en desvincularse de los problemas económicos del Tercer Mundo, aduciendo que son consecuencia de la acción imperialista de las potencias occidentales. Simultáneamente, el recrudecimiento de la tensión Este-Oeste es causa, que produce agudos efectos, de la pérdida de eficacia de las Naciones Unidas.

La situación ha llegado a un punto tan crítico que el Secretario General de la ONU, Javier Pérez de Cuéllar —a quien nadie acusaría de radical— en su reciente visita a México denunció el "sospechoso" decline del multilateralismo en beneficio de un "desagradable, por politiquero, bilateralismo". Acertadamente, añadió que corresponde a los países en desarrollo detener este proceso que tanto los perjudica.⁸

Bipolarismo entendido como el alinear al mundo en dos bandos antagónicos e irreconciliables, cuya confrontación se resolvería sólo con la desaparición de uno de ellos; proyecto éste que la proliferación de armas nucleares impide concebir como un torneo de caballeros andantes. El 31 de octubre de 1983, en Washington DC, más de cien hombres de ciencia destacados entre los que figuraban varios Premios Nobel, dieron a conocer las conclusiones de la Conferencia sobre Consecuencias Biológicas Mundiales a Largo Plazo de una Guerra Nuclear. Partiendo del supuesto compartido por la comunidad científica internacional de que 100 millones de personas morirían inmediatamente en las primeras horas de una guerra nuclear importante y que otros 100 millones perecerían a consecuencia de los efectos ulteriores, el vocero de la Conferencia, el biólogo Paul Ehrlich de la Universidad de Stanford, esbozó el sombrío panorama tras una guerra nuclear: "Los dos o tres mil millones de sobrevivientes quedarán para morir de hambre en un mundo oscuro y congelado." Añadió que, a largo plazo, probablemente no habría sobrevivientes en el Hemisferio Norte y sólo unos cuantos grupos aislados de personas quedarían en el Hemisferio Sur. "Incluso si las plantas se recuperaran", comentó Ehrlich, "el sistema ecológico resultaría totalmente cambiado y probablemente sería irreconocible para nosotros".⁹

⁷ Un ejemplo reciente de esta vitriólica crítica de la Fundación Heritage a la ONU aparece en el artículo de Tom Bethell, "The Lost Civilization of UNESCO", *Policy Review*, 24, primavera 1983, pp. 19-47.

⁸ *Excelsior*, 23 de marzo de 1984, p. 10A.

⁹ Stephanie Russell, "¿Un invierno sin fin?", *Foro del Desarrollo* (División de Información Económica y Social /DP/ y Universidad de las Naciones Unidas), vol. XII, núm. 1, enero-febrero, 1984, p. 10.

Bilateralismo significado por el surgir de nuevas formas de sujeción Norte-Sur, en las que los lazos del colonialismo reviven disfrazados de modernidad y la honda brecha científico-tecnológica, aunada a un gigantesco endeudamiento, colocan a los países pobres en situación de extrema debilidad durante cualquier negociación solitaria.¹⁰

Como Secretario General de la ONU, Kurt Waldheim llamó la atención sobre el hecho de que las limitaciones de la Organización, agudamente identificadas por los críticos de las Naciones Unidas y otros cuerpos internacionales, corresponden en circuito paralelo a ciertas falsas percepciones y expectativas sobre el papel del Estado contemporáneo.¹¹ Lejos han quedado los días en que algunos gobiernos podían afirmar impunemente que su misión era exclusivamente la del control político, la salvaguarda del orden público y la defensa nacional. Hoy es un principio generalmente reconocido que el Estado contemporáneo tiene infinitud de funciones derivadas de la complejidad creciente de las estructuras sociales y de la evolución conceptual de la tradición democrática.

Algo similar ha ocurrido con los organismos internacionales. Después de la Segunda Guerra Mundial se abrigó la esperanza de que la ONU sirviese fundamentalmente como una estructura política para la prevención de la guerra y la conservación de la paz. Ahora la preocupación por el desarrollo económico-social y por los grandes temas planetarios del futuro es parte integral de la vida de las Naciones Unidas. Una rápida ojeada a la Agenda de la 38 Asamblea General (1983-1984) muestra el vastísimo horizonte para la acción del máximo organismo multilateral: solución de conflictos y descolonización; lucha contra el racismo, la discriminación y el *apartheid*; control de armamentos y desarme; economía y desarrollo (Nuevo Orden Económico Internacional, Diálogo Norte-Sur, moneda y finanzas, comercio, ciencia y tecnología, empresas transnacionales); administración de los recursos globales (energía, medio ambiente, derecho del mar); alimentos y agricultura; población; derechos humanos (asilo, migraciones, violencia contra individuos y grupos, migraciones, refugiados, *status* de la mujer, minorías); Nuevo Orden Informativo; trabajo; salud; cuestiones legales (paz y seguridad, *status* internacional e inmunidad diplomática); espacio extraterrestre.¹²

Resulta importante resaltar la coincidencia de actitudes en lo nacional y mundial de quienes desearían limitar al Estado a sus características decimonónicas. Cuando el gobierno de Reagan concibe el Estado en términos ultra-

¹⁰ Resulta interesante recordar que en 1970 se señalaba ya el peligro del neocolonialismo, producto de criterios tecnocráticos y desarrollistas que crearon una presunción en el sentido de que la independencia política automáticamente "estimula e incita el crecimiento económico autónomo". Stanley D. Metzger, "La autodeterminación y el desarrollo económico", en Rosario Green y Bernardo Sepúlveda Amor (eds.), *La ONU: dilema a los 25 años*, México, El Colegio de México (edición especial de *Foro Internacional*), 1970, pp. 129-137.

¹¹ Discurso de Kurt Waldheim en una Conferencia sobre Nuevas Estructuras para la Interdependencia Económica, mayo de 1975. Citado por Robert S. Jordan, "The Structuring of International Cooperation", en S.M. Finger y J.R. Herbert (eds.), *op. cit.*, p. 327.

¹² *Issues Before the 38th General Assembly of the United Nations*, Washington DC, UN Association of the United States of America, 1983.

conservadores, esa apreciación corresponde a una imagen simétrica de la realidad mundial, vista simplemente en términos de equilibrio de poderío militar entre las superpotencias y conservación del orden establecido. Si esta filosofía política se despreocupa en lo nacional de la función social del Estado, en lo mundial rechaza la acción multilateral en favor del desarrollo y por la salvaguarda del patrimonio de las generaciones futuras. El “no hacer” en casa, se convalida en el “no interferir” a nivel planetario. Esta visión ideológica, en cuanto a que la idea preconcebida se antepone a la realidad de los procesos históricos, constituye uno de los obstáculos principales a que se enfrenta la evolución política de la democracia norteamericana y su imposición a nivel mundial truncaría el crecimiento de la multilateralidad pluripolar.

Paradójicamente, el ímpetu del desarrollo científico, civil y militar, las nuevas tecnologías, la evolución del capital financiero y la productividad creciente de las corporaciones transnacionales, contradicen en su acelerada dinámica el primitivismo de la ideología de la ultraderecha. La telecomunicación, la informática, la computación, la física postcuántica, la ingeniería biogenética, las armas nucleares, todo habla de globalidad y efectos múltiples. En una era de interdependencia, o más bien interconexión, “las actividades de suma-cero (donde la ganancia de una nación se obtiene a expensas de otra) declinarán”.¹³ A partir de los nuevos paradigmas, la simultaneidad de lo espontáneo y plural en los procesos vitales obliga a concepciones totalizadoras, manifiestas en los propósitos de planeación y proyección. Las nuevas filosofías políticas deben, en congruencia, aceptar la ambivalencia de la multiplicidad. El mercado de bienes y servicios tiende a hacerse planetario; se universaliza el consumo y se multiplican las opciones; los enfoques sistémicos derrotan a los congelamientos lógicos; la uniformidad de los procesos tecnológicos halla contrapunto en el resurgir simultáneo de las identidades singulares; la transculturación avanza al ritmo de la homogeneización técnica. De este proceso alterno, de esta vivencia simultánea propiciada por la evolución de la informática y la comunicación, arranca la contradicción dinámica del Estado-Nación a fines del siglo XX y su contrapartida inevitable: la negociación multilateral.

¹³ R. S. Jordan, *op. cit.*, p. 335. El autor cita en su referencia un trabajo de Daniel Bell, “The Management of Information and Knowledge”, a su vez comentado por John McHale, “The Changing Information Environment: Selective Topography”, en *Information Technology: Some Critical Implications for Decision Makers 1971-1990*, Nueva York, The Conference Board, 1971. En una reunión celebrada en abril de 1983 y copatrocinada por el Intergovernmental Bureau for Informatics (IBI) y The Center for Integrative Studies of the School of Architecture and Environmental Design de la State University of New York (Buffalo), a la que este autor asistió, Magda Cordell McHale enumeró algunos de los aspectos esenciales del cambio en el ambiente informático mundial: la aparición de la noción de compartir, paralela a la de intercambiar; el desarrollo de una sociedad del aprendizaje; la concientización de que somos una comunidad de pueblos, no sólo de lugares; el cómo oponerse no sólo a la colonización de territorios sino a la de las mentes; el cómo saber qué retener del pasado y qué descartar.

Para una elaboración sobre esta delicada cuestión y nuestra limitada capacidad contemporánea para detectar y aceptar la intensidad y la velocidad del cambio producido por las tecnologías de la información y la comunicación, véase Magda Cordell McHale, “Reflections on the Changing Information Environment”, *Agora* (órgano del IBI), 6, 1983/ 2, pp. 14-15.

A nivel de cada país, la aceptación de la función globalista del Estado no implica sanción positiva al gigantismo burocrático. Lo mismo es válido para la vida internacional. La vastedad sistémica de las tareas de las Naciones Unidas no justifica la burocratización de los organismos internacionales. Nadie niega su existencia; se la combate con armas limitadas, tal vez porque las herramientas son tan nuevas como la función.

El debate nacional genera un nuevo discurso político y establece formas de organización originales. Tensiones múltiples (libertad-igualdad, nacionalismo-regionalismo, nacionalismo-internacionalismo, servicio-administración, información-decisión) transforman el espíritu y la expresión de las democracias contemporáneas. Absurdo sería que las Naciones Unidas no pasaran también por el trance del nacimiento de un nuevo discurso internacional; lenguaje que pretende ser democrático y deberá, por tanto, expresarse transculturalmente.

La nueva diplomacia multilateral descarta el secreto implícito en el *gentlemen's agreement*, sencillamente porque ahora los interlocutores son muchos, auténticamente extraños y orgullosos de serlo. Comparten cierta información común, la de la telecomunicación, las finanzas y el comercio; en menor grado conocen la de la ciencia y la tecnología. Sin embargo, la entienden a partir de discursos previos muy añejos y diversos, que son los de su civilización de origen. Nadie acepta ser inferior. *One country, one vote*. El discurso es, por tanto, ensordecedor. Más allá del murmullo uniforme de los textos leídos en la Asamblea General, se detecta la diversidad de las interpretaciones y se intuye el surgir de nuevos significados comunes para voces antes concebidas en el marco excluyente de cada cultura, y que hoy buscan un terreno común: democracia, justicia, libertad, equidad.¹⁴

Por primera vez en la historia universal (que apenas empieza a ser escrita) hay un recinto en el que todos los Estados tienen derecho a voz y voto. ¡Cómo no va a ser lento el ritmo de la toma de decisiones! Muy lerdo es el asunto nacional cuando la consulta popular es orgánica. ¿Quién puede entonces pretender que sea más sencillo, a nivel mundial, escuchar las voces de la diversidad, cuando en el limitado marco del Estado-Nación no se dispone aún de los instrumentos adecuados para conocer y valorar la opinión de fuerzas sociales cada día más pluralistas y diversificadas?

Si en cada país se acepta que la opinión y el interés de las burocracias no es sino uno de los muchos que integran al Estado, resulta también inminente la ruptura del monopolio artificial del diálogo multilateral ejercido hasta ahora por esas burocracias a través de las cancillerías, ministerios que, en todas las latitudes, se resisten a reconocer la naturaleza del nuevo diálogo en los organismos multilaterales, pues son, casi siempre, herederos de la diplomacia del siglo XIX diseñada por las potencias coloniales. El parsimonioso ritual del protocolo, las condecoraciones y el *esprit de corps* de la diplomacia a la antigua se antojan ajenos al nuevo ritmo de la negociación multilateral, que incorpora constantemente nuevos personajes e intereses. Desde los Juegos Olímpicos

¹⁴ Véase el artículo de Lozoya citado arriba, "La nave...", pp. 28-29.

eos hasta los encuentros de organismos sindicales o eclesiásticos, todo intuye la pluralidad de la nueva diplomacia multilateral. Vivimos apenas los albores de su expresión simultánea y de la causalidad que desencadena. En el reconocimiento de la esencia democrática de estos procesos y en el pleno ejercicio de su potencialidad, a nivel nacional y mundial, reposa una de las más valiosas defensas contra el estallido de la guerra nuclear. La naturaleza elitista y excluyente de la toma de decisiones tecnocráticas (tanto en el mundo de lo militar como en el de la política, las finanzas y el mercado) se equilibra así sea precariamente, con esta nueva pluralidad de la democracia. Reconocer y fomentar el proceso de la pluralidad conviene al interés de quienes en el interior del Estado son los más débiles y perjudicados por la inercia del pasado. En la comunidad mundial esa posición corresponde a los países pobres. Por eso no puede haber hoy nacionalismo democrático en los países en desarrollo que no se exprese, también, como vocación multilateral en la escena mundial.

Durante su intervención en el debate general del 38 Período de Sesiones de la Asamblea General de la ONU, el Secretario de Relaciones Exteriores de México, Bernardo Sepúlveda Amor, renovó el compromiso del gobierno mexicano con las grandes tesis del multilateralismo. En un texto que revela conocimiento y aceptación de los nuevos paradigmas globalistas, Sepúlveda afirmó el rechazo de México "al monopolio del poder, a la consolidación de zonas de influencia y a la intolerancia ideológica". Dijo también el canciller mexicano que "aprisionar las relaciones internacionales en el cerco de la confrontación bipolar significa subordinar las aspiraciones de la mayoría de los Estados a designios extranjeros", en un momento de la historia en que "la primacía del concepto de superioridad militar nos está arrastrando a una escalada de incertidumbre en la que la aniquilación total se ha vuelto probable. Ante esa amenaza, los países en desarrollo, al lado de amplios sectores, reafirman la exigencia política y moral para que las potencias nucleares celebren cuanto antes acuerdos progresivos conducentes a un desarme general y completo."¹⁵ Esta formulación coincide con la preocupación citada de Pérez de Cuéllar y refuerza el reclamo ético a las superpotencias por su responsabilidad ante la humanidad en caso de conflagración mundial.

En su gira sudamericana, el presidente Miguel de la Madrid señaló que América Latina "está llamada a efectuar una contribución importante a la democratización de las instituciones multilaterales, para asegurar que las mismas constituyan foros plurales y abiertos".¹⁶ Ante el presidente de Argentina, Raúl Alfonsín, el presidente de México afirmó: "No aceptamos la calidad de rehenes de la confrontación entre las superpotencias. Rechazamos la condición de meros espectadores de nuestro tiempo a que nos quiere someter el conflicto de intereses de los poderosos."¹⁷ Este enunciado se opone a la pre-

¹⁵ Intervención del presidente de la delegación de México, Secretario de Relaciones Exteriores, Bernardo Sepúlveda Amor en el "Debate General del XXXVIII período de sesiones de la Asamblea General de las Naciones Unidas", *Revista Mexicana de Política Exterior* (Instituto Matías Romero de Estudios Diplomáticos), 1, octubre-diciembre 1983, pp. 93-98.

¹⁶ *Excelsior*, 31 de marzo de 1984, p. Al.

¹⁷ *Excelsior*, 4 de abril de 1984, p. Al.

tensión supuestamente de *realpolitik* según la cual sólo quienes tienen intereses mundiales entendidos en su connotación hegemónica, deben participar en los graves asuntos de la política internacional.

Según lo anterior, los signos son propicios para prever una acción trascendente del gobierno del presidente De la Madrid en los foros multilaterales. En efecto, por primera vez desde 1946, México reapareció en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, durante un momento de extrema tensión internacional. Por otra parte, la suscripción de los acuerdos adoptados en la VII Cumbre de los Países No Alineados y en la Reunión Ministerial del Grupo de los 77, fue seguida del otorgamiento de la presidencia de ese importante Grupo a nuestro país. Además, la actuación en los foros económicos muestra también una sana tendencia hacia la coordinación estructural.¹⁸ Por todo ello, tal vez no sea inútil señalar algunas deficiencias orgánicas de la diplomacia multilateral mexicana y apuntar sugerencias para su superación.

Jorge Castañeda señaló algunas premisas esenciales en las que tradicionalmente se apoyó la actitud oficial de México ante las Naciones Unidas y sus organismos.

México no tiene intereses directos de carácter político, territorial, estratégico o siquiera económico allende sus fronteras, como ocurre con todas las grandes potencias; no ejerce hegemonía sobre otras regiones ni tiene intereses propios y directos que proteger en las zonas[...] focos de tensión internacional[...] México es uno de los pocos Estados Miembros que no "han estado en la Agenda" de las Naciones Unidas. Hasta ahora no ha sido parte, activa o pasiva, en las controversias ventiladas ante la Organización, ni está interesado *directa e inmediatamente* en ninguna situación que pudiera poner en peligro la paz. Por último, el nacimiento o la existencia del Estado Mexicano no estuvo vinculado directamente, ni lo está, con la acción de las Naciones Unidas, como ocurre con otros países, tal como Israel o Indonesia. [...] El interés de México en las Naciones Unidas tiene un carácter [...] general y los beneficios que espera de ella no son exclusivamente suyos, sino comunes a numerosos países: la realización de los fines políticos, económicos y sociales de la Carta. Su contribución a las Naciones Unidas no tiende a la defensa de intereses nacionales directos, sino a vigorizar la capacidad de la Organización para realizar sus propósitos generales.¹⁹

Las afirmaciones de Castañeda datan de 1956, aunque es sintomático que se conserven en la reimpresión de su libro, publicado en 1981. El texto citado sintetiza, en forma tal vez involuntaria, la dualidad conceptual de la política multilateral de los gobiernos mexicanos. Por una parte, se reconoce la misión histórica de las Naciones Unidas y se desea contribuir a su feliz realización. Pero por la otra, a pesar de la trascendencia universal de ese cometido, se le considera externo a la seguridad y al interés nacionales.

¹⁸ "Capítulo relativo a la política exterior, en el Primer Informe de Gobierno del licenciado Miguel de la Madrid Hurtado", *Revista Mexicana de Política Exterior* (Instituto Matías Romero de Estudios Diplomáticos), 1, octubre-diciembre 1983, pp. 91-92.

¹⁹ Jorge Castañeda, *México y el orden internacional*, México, El Colegio de México, 1981 (reed.), pp. 10-11

Hace casi treinta años, Castañeda advertía que el nacionalismo mexicano se ha manifestado

por una preocupación menor, y aun por una relativa desestimación en la opinión pública y en las esferas gubernamentales, de aquellas cuestiones internacionales que tienen carácter más general y cuyo aplazamiento no crea un problema interno inmediato. [...] En términos generales, todavía no se aprecia suficientemente en México la influencia que puede tener, en el interior mismo de nuestro país, el estímulo de los objetivos políticos, económicos y sociales de los organismos internacionales.

Reconoce además el prestigiado autor que cuando trató de evaluar los puntos de vista de opinión pública sobre las Naciones Unidas,

el examen dio resultados tan pobres que finalmente se decidió no incluirlo como una parte separada de la investigación. [...] Podría decirse, en términos generales, que casi no existe en México una opinión, manifestada por lo menos en los órganos normales de expresión, sobre ninguno de los problemas estructurales de las Naciones Unidas. [...] La aprobación misma de la Carta de las Naciones Unidas en el Senado no provocó un extenso debate parlamentario sobre su importancia o consecuencia, o siquiera un análisis detenido de sus disposiciones. Desde entonces, esto es, desde 1945, rara vez se ha vuelto a hacer referencia a la Organización de las Naciones Unidas en el Senado.²⁰

Castañeda concluye diciendo que “la reacción de la opinión pública no es tan considerable en México como para inspirar nuevas o mejores soluciones a los problemas de la organización internacional”.

De lo anterior puede desprenderse una reflexión en el sentido de que en el caso de la acción de México en los organismos internacionales, difícilmente podría haberse dado el consenso nacional que con frecuencia se invoca para nuestra política exterior. Ello tal vez debido a la incongruencia de reconocer la importancia vital de las funciones de la política multilateral pero manteniéndola alejada, sobre todo en lo que a la opinión pública se refiere, de la identificación del interés nacional.

Luis Padilla Nervo, presidente de la delegación mexicana a la III Asamblea General de las Naciones Unidas, afirmaba ya en 1948 que las deliberaciones de las Naciones Unidas debían ser conducidas “con verdadero espíritu internacional que sólo puede nacer del convencimiento de que constituimos un mundo indivisible y una sola comunidad humana”.²¹ Sin embargo, al proponer que las grandes potencias aceptaran la cooperación de las Naciones Unidas en la solución de sus graves diferencias que amenazaban, y siguen amenazando, a la frágil paz mundial, el distinguido diplomático calificó esa acción de las Naciones Unidas de “desinteresada”.²²

²⁰ *Op. cit.*, pp. 13-15.

²¹ Luis Padilla Nervo, *Discursos y declaraciones sobre política internacional, 1948-1958*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1958, p. 21.

²² *Op. cit.*, p. 23.

Así, desde el establecimiento de la ONU se manifiesta una contradicción de la política exterior mexicana entre su concepción del interés nacional y la presencia en los foros multilaterales. Por una parte, se percibe la gravedad de la amenaza a todos los Estados que significa la confrontación entre las superpotencias, pero por otra se considera que la lucha de las Naciones Unidas por eliminarla se debe más a una actitud magnánima que a la protección vital de la mayoría de sus miembros, entre ellos México.²³

Los mexicanos trasladamos a las Naciones Unidas nuestra perspectiva ambivalente del interés nacional. En los foros internacionales se confirma que la "no intervención" ha sido elevada a la difícil noción de "principio básico" de nuestra política exterior sin que su contrapeso, "la solidaridad internacional", corra igual suerte. La no intervención refuerza al nacionalismo defensivo; la solidaridad internacional comunicaría mayor coherencia conceptual a la acción positiva de México en el ámbito multilateral. La ausencia de este equilibrio teórico ha obligado a la diplomacia mexicana a alegar generosidad en su conducta en los foros internacionales, en vez de declarar abiertamente que la acción de México en defensa de las causas de la multilateralidad responde a su más profundo interés nacional. Al admitirlo, quedaría claro que se ha superado definitivamente el tiempo en el que México "no estaba interesado directa e inmediatamente en ninguna situación que pudiera poner en peligro la paz", según dijera Castañeda.

Igualmente inadecuado es concebir los postulados de la política exterior como inmutables. Los principios que norman la acción humana individual y colectiva deben transformarse de acuerdo con las necesidades concretas de una realidad dinámica, sobre todo en períodos como éste, de acelerado cambio. Un sistema político que declara la inmovilidad de los fundamentos de su actuación, se autocondena a la desarticulación y se granjea la desconfianza de la ciudadanía, sujeta al embate de transformaciones vertiginosas. El insistir ritualmente en la naturaleza incambiable de sus principios, acabará por conducir a nuestra política exterior a un callejón sin salida, al tornarla cada vez más incomprensible para la opinión pública. El verbalismo de los funcionarios que consideran su obligación elogiar incesantemente esa supuesta inmutabilidad, no hace sino agravar las cosas y acrecentar el escepticismo popular.

Lamentablemente, la insistencia oficial en declarar la invariabilidad de los principios de la política exterior, coincide con una alarmante tendencia del sistema político mexicano a buscar su legitimidad en argumentos históricos más que en la voluntad popular contemporánea. En todo caso, en política exterior

²³ Un caso asombroso de disociación entre interés nacional, seguridad nacional, política multilateral y opinión pública, es el de la lucha por el desarme. México ha sido un infatigable defensor de la desnuclearización en los foros internacionales. Alfonso García Robles recibió el Premio Nobel de la Paz por encabezar durante muchos años ese empeño. Sin embargo, la opinión pública muestra una falta total de interés por comprender la amenaza directa que para nuestro país significaría el estallido de un conflicto nuclear en el que Estados Unidos se viese envuelto. Los mexicanos, tan adeptos a exaltamientos nacionalistas, no reconocemos en la lucha por el desarme nuestro auténtico interés nacional. El esfuerzo diplomático del gobierno pasa inadvertido y los partidos políticos no se atreven a enunciar siquiera el tema de las consecuencias para México de una guerra nuclear.

resulta más atinado subrayar los objetivos por alcanzar y los obstáculos que se oponen al propósito. Por último, es una paradoja el que conceptualmente se pretenda anclar a la política exterior en la reiteración de sus orígenes, cuando el país atraviesa por una etapa muy crítica atribuida generalmente a excesos recurrentes de políticas tradicionales.

La opinión pública percibe estas contradicciones, y la ausencia de una política de información gubernamental sobre asuntos internacionales acentúa el desconcierto ciudadano. Agravando las cosas, y en una labor de propaganda ininterrumpida por décadas, el monopolio de la televisión comercial ha convencido a muchos mexicanos de que la suya es la imagen de la modernidad y el futuro. Satisfecho consigo mismo, el consorcio utiliza los mejores y más lucrativos tiempos de pantalla para transmitir enajenantes series norteamericanas o fomentar supercherías vulgares. Las consecuencias devastadoras que esto acarrea para la identidad nacional y para la formación de las nuevas generaciones de mexicanos han sido inútilmente denunciadas; no parece haber voluntad estatal para cambiar el rumbo de las cosas. Peor aún, la televisión estatal ha sido condenada a copiar la triste tarea de la TV comercial, con menos dinero e imaginación.²⁴

La injusta y trágica realidad mundial, a cuya corrección se orienta la política exterior de México y la de los organismos multilaterales, no ha merecido la atención de nuestros medios de difusión masiva. La eliminación de esta peligrosa anomalía debería ser meta prioritaria de una política de información gubernamental. Mientras el Estado no destine suficientes recursos humanos y financieros a informar en forma sistemática e interesante sobre los apasionantes temas de la vida internacional, difícilmente se obtendrá el consenso de opinión pública que el gobierno anhela para su política exterior. Que en un período de severa crisis y proclamada "renovación moral" no haya un programa gubernamental de información internacional para los medios de difusión es un enigma que, de no disiparse positivamente, ahondará la brecha de credibilidad entre pueblo y gobierno.²⁵

²⁴ En el contexto de la preparación del viaje del presidente De la Madrid para su histórico encuentro con el presidente de Argentina, Raúl Alfonsín, la televisión estatal difundió con despliegues publicitarios una mediocre telerie sobre Eva Perón, realizada por los norteamericanos (en México) y en la que los argentinos aparecen como un pueblo exótico y fanático. Es poco creíble que un gobierno tan nacionalista como el nuestro, no suponga una sensibilidad paralela en el argentino.

A la primera gira internacional del presidente De la Madrid, que lo llevara a Colombia, Brasil, Argentina, Venezuela y Panamá no fueron invitados los directivos de la TV estatal. En cambio, se dio amplia difusión a la presencia en la comitiva presidencial de uno de los más importantes portavoces políticos e informativos de la TV comercial. Por su parte, la prensa critica el gasto de divisas que implican los viajes en misión oficial de los secretarios de Estado, pero no se pregunta cómo es que la TV comercial dispone, aparentemente sin limitación, de dólares para comprar todo tipo de espectáculos norteamericanos. Es de suponer que la TV estatal carece de esas mismas monedas fuertes para renovar con material de calidad su monótona programación.

²⁵ La visión que la prensa mexicana tiene de los grandes temas multilaterales tampoco es muy alentadora. El 29 de febrero de 1984 tuvo lugar una emotiva ceremonia en la que se anunció la próxima publicación de un diario independiente: *La Jornada*. En presencia de lo más granado

La agenda del Secretario de Relaciones Exteriores y las entrevistas entre jefes de Estado no son sino la punta del *iceberg* de la política exterior. Las relaciones internacionales contemporáneas constituyen una actividad profesional para miles de personas, apoyadas por recursos técnicos y financieros. Infortunadamente, la Secretaría de Relaciones Exteriores ha carecido de los elementos necesarios para responder cabalmente a los retos cotidianos de la diplomacia multilateral.

Daniel Cosío Villegas y César Sepúlveda lamentaron desde hace décadas la incongruencia entre las declaraciones verbales de la cancillería y sus deficiencias técnicas. Cosío Villegas criticó la ausencia de especialistas y expertos en las delegaciones mexicanas, así como el que su actividad en la cancillería y ante los organismos internacionales no fuese permanente.²⁶

La Secretaría de Relaciones Exteriores es una de las dependencias más antiguas del Gobierno Federal y sin embargo su tecnificación profesional va a la zaga de la espectacular evolución de la administración pública nacional. En el siglo XIX, la influencia de la tradición del *civil service* inglés se hizo sentir notablemente en las cancillerías latinoamericanas, cuando Gran Bretaña se enorgullecía de formar diplomáticos que con conocimientos de cultura clásica obtenidos en Oxford, Eaton y Cambridge, representaban al poder imperial en las colonias. A fines del siglo XX es anacrónico suponer que semejantes cualidades, añejadas por una burocracia muy celosa de sus privilegios y que eleva la antigüedad en el servicio a la categoría de virtud suprema, sean las más adecuadas para enfrentar la agitada cotidianidad de los organismos internacionales.²⁷

Formar expertos en problemas de desarme, derecho internacional, transferencia de tecnología, derecho del mar, sistema financiero internacional, producción y distribución mundial de alimentos o control de la contaminación ambiental, implica muchos años de esfuerzo. Además, ese funcionario especia-

de la intelectualidad, así como de muchos políticos, los tres oradores (futuros directivos del periódico) omitieron en su exposición de motivos y propósitos mencionar siquiera uno de los grandes temas globales que preocupan a la humanidad: desarme, guerra nuclear, racismo y *apartheid*, neocolonialismo, Nuevo Orden Económico Internacional, contaminación ambiental, discriminación de minorías, etc. ¡Eso en un diario de avanzada que circulará en el conglomerado urbano más populoso del mundo!

²⁶ Véase, César Sepúlveda, "Ecosoc y México, dispersión e indiferencia" publicado en 1970 y en donde el autor cita informes de Cosío Villegas que datan de 1957. En Rosario Green y Bernardo Sepúlveda (eds.), *La ONU: dilema a los 25 años*, pp. 115-128.

La preocupación de Cosío Villegas lo llevó a fundar el Centro de Estudios Internacionales de El Colegio de México, con el propósito de formar internacionalistas con miras más amplias y técnicas que las de los diplomáticos tradicionales. Por su parte, César Sepúlveda luchó incansablemente por capacitar al personal de la cancillería, cuando fuera director del Instituto Matías Romero de Estudios Diplomáticos.

²⁷ Como ejemplo de los criterios tradicionales de diplomacia imperial, véase el famoso tratado de Harold Nicholson, *The Evolution of Diplomacy*, Nueva York, Collier, 1962, donde mucho antes del enunciado de Kissinger respecto a la "dictadura de las mayorías" en las Naciones Unidas, el autor deplora el debate multilateral al que califica de "irracional, propagandístico e interminable" debido a la presencia de los países en desarrollo cuyo "único propósito [según él] es el de oponerse incluso a las sugerencias razonables de las Grandes Potencias...", p. 120.

lizado debe mantenerse al día en la evolución de su conocimiento; es absurdo, por tanto, esperar que alguien así aparezca repentinamente tras haber fungido disciplinadamente por años como segundo secretario de la embajada de México en Lima o Bogotá.

En Tlatelolco, el reclutamiento de nuevos funcionarios no se orienta en general hacia la contratación de expertos. Por el contrario, se fomenta la captación de recursos humanos supuestamente plurivalentes. A través de un sistema de exámenes, que disfrazado de renovación no hace sino reforzar el control de la burocracia tradicional, se accede a los escalones inferiores y mal remunerados de un largo escalafón en el que, con criterios semieclesiásticos, se espera del nuevo funcionario el dócil acatamiento de decisiones administrativas que lo obligan a servir indefinidamente en cualquier puesto y latitud geográfica. Las grandes potencias resuelven la contradicción entre los intereses burocráticos de las cancillerías y las necesidades de personal especializado a través de los servicios estratégicos y de inteligencia, castrenses, de institutos adjuntos, etc. En nuestro caso, la solución deberá provenir de Tlatelolco, a través de reclutamientos paralelos para el cuerpo diplomático y de personal profesionalmente especializado. La tarea es urgente y el retraso muy acumulado.

A pesar de su larga vida, la cancillería mexicana no cuenta con una estructura de información, análisis, planeación y prospectiva, capaz de hacer frente a las complejas necesidades de la diplomacia multilateral.²⁸ De ahí el abismo entre los propósitos enunciados y la capacidad técnica para asimilar, día a día, un flujo de información que —a su vez— propicie la eficacia a mediano y corto plazos. En Tlatelolco abundan los ejecutivos, pero son pocos los que hacen de la reflexión su labor profesional. Se carece incluso de bibliotecas, centros de documentación y servicios de información mínimamente equipados para el análisis prospectivo.

Nuestras instituciones docentes de nivel universitario no forman personal profesional con vocación para la diplomacia multilateral. El énfasis en la ciencia política y los enfoques históricos descuida la capacitación técnica en asuntos y mecanismos de la multilateralidad. Por su parte, las escuelas que adiestran a los científicos no se ocupan de fomentar aspiraciones internacionalistas. El círculo vicioso entre docencia y reclutamiento se cierra cuando Tlatelolco no atrae, con condiciones atractivas de trabajo, a candidatos a convertirse en expertos en organismos internacionales.

Igualmente negativa es la ausencia de mexicanos entre el personal de los organismos multilaterales. Una lectura primitiva del nacionalismo y celos entre la burocracia han inhibido las candidaturas mexicanas para ocupar puestos en el sistema de las Naciones Unidas. Diríase que México rechaza que sus ciudadanos se internacionalicen. Se trata de un serio error estratégico, evidente cuando otros países de menor vocación mundial se encargan, a *sotto voce*, de llenar los escaños y beneficiarse del proceso. La profesionalización de los fun-

²⁸ Al iniciarse este gobierno se anunció la creación en la cancillería de una Dirección General de Planeación, bajo la Subsecretaría rebautizada como de Planeación y Asuntos Culturales. Sin embargo, no queda aún claro si su funcionamiento corresponderá plenamente al nombre.

cionarios acreditados ante los organismos internacionales y la incorporación de mexicanos a los mismos, coadyuvarían notablemente a multiplicar los contactos diplomáticos de México. La crisis financiera del Tercer Mundo hace imposible la apertura de nuevas embajadas, sobre todo en los países en desarrollo. Por ello, los organismos multilaterales constituyen un foro alternativo muy conveniente. Incluso los países más pobres intentan subrayar su presencia en las Naciones Unidas con personal mejor capacitado que el que pueden enviar a embajadas periféricas; se trata de una lógica de prioridades ante la escasez de recursos. México debe utilizar los organismos multilaterales para acercarse regularmente a gobiernos y entidades internacionales con los que, de otra forma, su contacto sería precario o nulo. Es urgente eliminar los prejuicios que pretenden hacer de la multilateralidad y la bilateralidad mundos antagónicos. En el fondo, quienes arguyen la existencia de esta falsa contradicción fomentan unilateralmente nuestra dependencia de Estados Unidos. La tendencia globalista de los procesos diplomáticos, la gravedad del momento mundial y la severidad de las carencias, llevan en todas partes a descartar una concepción de la diplomacia en compartimientos estancos, que sólo beneficia a burocracias egoístas.²⁹

Es también imprescindible fortalecer la capacidad de coordinación de la Secretaría de Relaciones Exteriores en el interior del Gobierno Federal y del sector paraestatal. La revisión de políticas provocada por la crisis debe servir a este propósito. Si bien es cierto que la multiplicidad de contactos y la complejidad de los procesos explican la atomización en la toma y ejecución de decisiones, no la justifican o aconsejan. Por el contrario, hacen más imperiosa la necesidad de disciplina interna del sector público. Para utilizar la jerga administrativa, Tlatelolco no puede sustraerse a su función coordinadora como "cabeza de sector", aunque para ejercerla cabalmente deba aumentar su calificación técnico-profesional y sus recursos humanos y financieros.

Jaime Torres Bodet gustaba de citar a Kant, quien dijo: "La paz no es un estado natural entre los hombres. Es necesario conquistarla."³⁰ En 1952, ese insigne mexicano renunció desilusionado al alto cargo de Director General de la UNESCO. Antes de retirarse instó a todos los maestros a que prestasen particular atención a seis puntos:

cómo explicar a los educandos la diversidad de modos de vida de los pueblos más diferentes; de qué manera proporcionarles una idea clara acerca de la interde-

²⁹ Cuando se presiona a los detractores de nuestra política multilateral acaban confesando temer que ésta "ofenda" a Estados Unidos y, por tanto, agrave nuestra relación con ese país. Sin embargo, hasta la embajadora Kirkpatrick ha expresado críticas de fondo sobre la incapacidad de Estados Unidos para superar lo que llama la "ineptitud norteamericana" en la diplomacia multilateral. En una conferencia dictada en la Fundación Heritage en 1982, Kirkpatrick afirmó: "Al no aprender cabalmente las reglas del juego, nos hemos comportado con frecuencia como un montón de aficionados en las Naciones Unidas." Hasta que la práctica diplomática mejore, prosiguió, no se puede saber si el organismo mundial puede convertirse en un "lugar hospitalario para el interés nacional norteamericano". Richard Bernstein, *op. cit.* En tales circunstancias, no les va bien a algunos mexicanos ser más papistas que el Papa.

³⁰ Jaime Torres Bodet, *El desierto internacional*, México, Porrúa, 1971, p. 371.

pendencia histórica que existe entre las naciones; por qué motivos es un deber de todos los Estados cooperar en la organización de la paz mundial; cuáles serían los métodos convenientes para afirmar en las nuevas generaciones el deseo de aportar un concurso efectivo a la acción que con tal propósito desarrollasen los pueblos; de qué medio podrían valerse los profesores con objeto de suscitar, en la juventud, plena conciencia de sus responsabilidades ante la colectividad internacional, y qué normas pedagógicas [son] aconsejables para estimular en el niño sanas disposiciones con respecto a la sociedad, a fin de obtener una mejor comprensión y una mayor cooperación internacionales.³¹

El reto sigue en pie, en México y en el mundo. En última instancia, es en la escuela donde reposa la renovada esperanza para que eche raíces la concordia internacional. El aula, que cada día adquiere más el perfil de un televisor, tiene que formar mexicanos que no afirmen su nacionalismo con gestos ramplones y agresivos, que entiendan la gravedad del momento que les tocó vivir, que además de criticar y ridiculizar ingenien respuestas constructivas, que respeten y apoyen los esfuerzos de las Naciones Unidas por la paz y la amistad. ¡Queda mucho por hacer, si es que alguna vez se empezó!

³¹ *Op. cit.*, p. 327.